

Cada quien da lo que tiene

Publicado por [Miguel Ángel Santos Guerra](#)
| 21 Enero, 2012

En un viaje a México compré, en el marco de un Congreso de profesores, un pequeño libro que estaban vendiendo como rosquillas a la entrada del salón de conferencias. No sé si el autor sería uno de los asistentes porque luego, cuando leí la introducción, supe que estaba escrito por un maestro.



Después fue a su jardín y cortó doce rosas rojas, las arregló cortándole las espinas, las colocó en la bandeja con una nota que decía: “Cada quien da lo que tiene”.

El libro es una síntesis de la sabiduría popular mexicana. Se titula “El filósofo de Güemes” y el autor se llama Ramón Durón Ruiz. Contiene máximas, sentencias, anécdotas, cuentos e historias de diverso tipo, muchas de ellas enclavadas en el ámbito rural. He elegido una de ellas para que me sirva de leit motiv de estas líneas.

La he elegido ante la avalancha de insultos que oigo y veo lanzarse a todas horas a los colaboradores de las televisiones, a los políticos en los mítines (y en el mismo Parlamento) y a los contertulios en las radios. Verdaderas retahílas de insultos, palabrotas, gestos soeces y expresiones despectivas lanzadas al adversario político, al contrincante ideológico o al “enemigo íntimo”.

Qué locuacidad. Se diría que los agresores acaban de repasar el “El gran libro de los insultos” de Pancracio Celdrán Gomariz o que estén entrenándose para redactar el “Diccionario de palabras envenenadas”

Qué ordinarietz. Los insultos se suelen lanzar a gritos a la cara del presunto o real enemigo. Siempre me he preguntado por el motivo que origina los gritos en la televisión.

- ¿Por qué gritan?, me pregunto muchas veces.

Pienso que existe por parte de mucha gente la creencia de que mientras más se grita más razón se tiene o más contundencia poseen las palabras. Es como la fuerza con la que se lanza una piedra. Hay otra razón que es apabullar al interlocutor y no dejarle meter baza..

Qué impunidad. Se puede decir todo lo que se quiera sin que pase nada, sin que haya ninguna consecuencia. Sencillamente se confunde la libertad de expresión con la libertad de agresión. Vale todo en el ataque. Cualquier tipo de insulto se va por el desagüe de las audiencias sin comprometer a quien lo profiere.

Qué saña. Se pretende hacer daño. Se pretende dar donde duele. No se tiene en cuenta que al comportarse de esa manera tan violenta y gratuita, se falta al respeto no solo a quien se insulta sino a todos los testigos de la agresión.

Qué falta de respeto. Las personas, por el hecho de serlo, son depositarias de una dignidad esencial que nadie debería menospreciar o ignorar. No solo es el contenido de lo que se dice lo que quebranta el respeto y la dignidad del ser humano, es también la forma de decir las cosas.

El “animus iniuriandi” es tan patente que basta ver la expresión de la cara o escuchar el tono de las palabras para comprobar de forma clara el desprecio y odio.

Los gestos soeces se dirigen a la cámara cuando el interlocutor no está presente: descarados cortes de mangas, utilización del dedo corazón, colocación violenta de la señal de los cuernos...

He visto utilizar con frecuencia y simplismo una justificación peregrina después de proferir gravísimos insultos: decir que no se está insultando sino definiendo. Como si esa aclaración no elevase un grado más el nivel de la agresividad.

En algunos programas se puso de moda la figura de un personaje que se ensañaba con las personas a las que tenía que juzgar. Mientras más borde y más grosero era el comentario, más éxito se le atribuía. Mientras más despectiva era su valoración, más crecía la audiencia. Se tenía a gala el desprecio. Los criticados mostraban una sonrisa resignada que era una mezcla de humillación y de impotencia. Porque estaba claro que quien emitía esas críticas cáusticas lo hacía desde una situación de poder. Una cosa es decir las cosas claras y otra muy diferente decir las cosas de manera ofensiva, sin respeto, con la chulería que confiere el abuso de poder. Se trataba de un juego sadomasoquista que envilecía, a mi juicio, tanto a los evaluadores como a los evaluados. A unos porque los endurecía y a otros porque los aplastaba. Criticar es discernir, no demoler.

Zaherir, insultar, agredir, calumniar son deportes que se han puesto de moda. Se practican de forma gratuita, pública y reiterada. Sin tener en cuenta que la dignidad de las personas obligaría a cuidar el lenguaje y a respetar a los demás.

Toda esa sarta de insultos, de descalificaciones, de vulgaridades se sueltan en programas de máxima audiencia, con niños y niñas que escuchan el modo de hablar de los adultos. ¿Cómo les podemos decir luego que “eso no se dice”, “que eso es una falta de respeto”, que “eso es una ordinariez”...?

He hablado al comienzo del “Filósofo de Güemes” y se me ha ido quedando en el tintero la anécdota que ha inspirado estas líneas. Ahora me sirve de colofón y de oportuna conclusión a estas reflexiones. La anécdota dice así:

“Holocrino, el viejo y perverso agricultor de la región, se enteró de que Farmarina, la humilde señora que lavaba ajeno en Güemes, cumplía años. En presencia de su grupo de amigos, ordenó, irónicamente, prepararle un presente: una bandeja -de esas que regalan en sus promociones las compañías refresqueras- llena de basura y desperdicios.

Lleno de soberbia, mandó entregar el regalo, mismo que fue recibido alegremente por la modesta señora, que gentilmente agradeció el obsequio, solicitando al chofer que la esperaran un momento, ya que le gustaría devolver la atención.

Tiró la basura e inmediatamente se dirigió al patio de su casa a lavar la bandeja, después fue a su jardín y cortó doce rosas rojas, las arregló cortándole las espinas, las colocó en la bandeja con una nota que decía: “Cada quien da lo que tiene”.

La historia me ofrece una explicación certera de la causa por la que se arroja por la boca toda esa basura sobre el prójimo. Un prójimo que, para colmo, está muchas veces ausente del escenario en el que se vacía toda esa porquería.